

La articulación de lo social y lo político en la constitución del sujeto revolucionario

Beatriz Rajland[□]

Buenos Aires, Argentina

Resumen de la ponencia presentada para el EJE II de la IV conferencia Internacional: La Obra de Carlos Marx y los desafíos del siglo XXI.

La articulación de lo social y lo político, en el sentido de lo social en lo político y de lo político en lo social, es la piedra angular de la construcción de sujetos sociales capaces de producir los cambios reales dirigidos a la ruptura sistémica.

En estos últimos años el análisis de los movimientos sociales y también del cambio social emancipatorio, ha estado dominado por el “movimientismo”, en sentido de autonomismo, cuya síntesis refiere a que la lucha por la liberación se base en movimientos autónomos, cada uno luchando en su propio terreno específico, y con sus formas específicas y en todo caso confluyendo pero sin articulación orgánica sino libre.

Entendemos que esa concepción implica una pérdida de universalidad en sentido de totalidad, que compromete la fijación de estrategias totalizadoras necesarias para la emancipación.

Está claro que hay que partir de una concepción inclusiva de la clase o lo que es lo mismo por considerar la teoría de clases en el contexto del capitalismo de época, - de esta época- y las diferentes formas que hoy asume la venta, y por tanto, la explotación de la fuerza de trabajo.

Hay que interpelarse permanentemente acerca de si hay conciencia real de la explotación que es ínsita al capitalismo. O dicho de otro modo, si padecer la explotación se traduce en conciencia de la misma. Creemos que esa conciencia no se ha hecho realidad en forma relevante.

Ante la ofensiva ideológica y mediática del capital, que naturaliza la explotación y con ello sus productos o lo que es lo mismo naturaliza la existencia misma de la relación social capitalista, la fetichiza e intenta hacerla aparecer como imposible de proponerse su ruptura, se hacen imprescindible los debates y acciones que conduzcan a su desenmascaramiento. Esta es la condición para las luchas emancipatorias, revolucionarias.

Falta reconocerse los unos a los otros, como movimiento social y político no antagónico e integrado, disruptivo (respecto al capital), pero no en aislamiento sino en articulación.

[□] Profesora de Teoría del Estado en la Universidad de Buenos Aires. Vicepresidenta de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas (FISYP).

Desarrollo

La articulación de los sujetos revolucionarios, es hoy un tema y un problema fundamental en la perspectiva de construcción de una alternativa socialista.

Nos proponemos aportar al debate, partiendo de empirias correspondientes a la Argentina, particularmente desarrolladas, impulsadas o potenciadas después de la profunda crisis generalizada de diciembre de 2001¹, sin cuya consideración no es posible entender el desarrollo del movimiento social posterior. Esta empiria, si bien es propia de la Argentina, nos suscita una serie de reflexiones que exceden el espacio territorial aludido.

Los trabajadores desocupados, las capas medias, los sectores "empobrecidos" del trabajo, "sintieron" los efectos del programa neoliberal, gestado por la dictadura de 1976 y consolidado en los '90, que había destruido el aparato productivo nacional, y por consecuencia las fuentes de trabajo, mientras que algunos (menos), fueron más allá visualizando, -como ya lo hemos expresado en diversos trabajos-, que el neoliberalismo es en realidad un modelo del sistema capitalista, o sea que es el capitalismo en sí, y no meramente un modelo de capitalismo, el que – en un todo acorde con su esencia-generó esa miseria y destrucción en beneficio de elevar su tasa de ganancia, centralizando y concentrando cada vez más profundamente el capital y naturalizando la desigualdad social.

Los nuevos emergentes sociales, ante la gravedad de la situación económico-social frecuentemente tenían claridad respecto a contra qué luchaban, pero no la alternativa a construir. Se fueron constituyendo o fortaleciendo en la lucha.

Sin embargo, las luchas de las jornadas de diciembre de 2001, no fueron suficientes, no alcanzaron para producir los cambios necesarios para terminar con el neoliberalismo, por imperio de sus propias limitaciones, la principal de las cuales fue la de *no haberse plasmado en alternativa política*.

Esta reflexión constituye la esencia de lo que queremos desarrollar: la necesidad de articular lo así llamado social y lo así llamado político, desechando las falsas dicotomías funcionales sólo a la clase hegemónica en el poder.

No obstante la sustancial limitación señalada, la fuerza del significado de las luchas de 2001, se proyecta hasta la actualidad, determinando procederes y conductas al interior tanto del bloque dominante como en cuanto a los sectores subalternos² y signando hasta hoy: escenario, acciones

¹ Diciembre de 2001, representó un punto de inflexión indiscutido, la expresión de una resistencia popular convertida en ofensiva. Los millares de personas que salieron a las calles, se pronunciaron inequívocamente por el rechazo a las prácticas de la política hegemónica, culminando una etapa del amplio y profundo proceso de deslegitimación socio-institucional generalizada. El resultado fáctico se tradujo en el repudio y "renuncia-huída" del Presidente de la Rúa. No fue una manifestación espontánea, como algunos analistas o comentaristas, afirmaran entusiastamente, sino, con cierto grado de espontaneísmo porque en realidad, fue parte de la eclosión de las tensiones y las luchas de resistencia, acumuladas en el contexto socio-económico-político, de las consecuencias de la aplicación de los programas neoliberales en la Argentina, particularmente –pero no sólo- del período de la década de los '90. En Rajland, Beatriz: *A diez años (de qué)*. Revista Periferias, N° 14. Edic. FISyP. Buenos Aires, 2007

² Imposible pensar que cualquiera que hubiera resultado presidente en 2003, pudiera ignorar el 2001

y discursos sociales y políticos en la Argentina.

Esa realidad de una pugna social, en la que los sectores populares no llegaron a convertirse en propuesta política alternativa y mayoritaria, no llegaron a constituirse en sujetos del y para el cambio, permitió una ofensiva de los sectores dominantes cuyas consecuencias, se expresan hoy en un contexto de alto grado de fragmentación de las organizaciones. Se podría hablar de "éxito" parcial de las políticas "desde arriba", -por lo menos respecto de algunos sectores del movimiento social-, tendientes a desarmar la movilización popular, especialmente por medio de mecanismos de cooptación (sea por medio de instrumentos de asistencia social, o por la colocación de algunos dirigentes en puestos estatales, o por la combinación de estos con conformidades básicas de tipo ideológico-político por parte de las organizaciones "cooptadas").

En colisión con ese panorama, también se han registrado otras experiencias que evolucionaron del mero reclamo de subsidios estatales de "ayuda" focalizada, a la promoción de iniciativas de desarrollo de "trabajo genuino", que ayudan a neutralizar el componente "clientelista" y de asistencialismo tradicional de la política hegemónica.

Esto abrió mayores posibilidades a la convergencia de ese sector de trabajadores desocupados con las luchas de los trabajadores ocupados.

Tenemos en cuenta el alto grado de desocupación de los trabajadores formales que dejó como saldo el modelo neoliberal, y afectó no sólo los desocupados fabriles sino también a gran parte de la clase media, fundamentalmente la clase media baja.

También hay que tener en cuenta el impacto de la llamada flexibilización laboral y el desarrollo de importantes ámbitos de trabajo precario, entre los cuales, nuevas formas de contratación (por ejemplo, los contratos de 'prestación de servicios' y la terciarización), desvinculando, a los que *trabajaban* de la sindicalización, en un proceso tan acelerado como el del continuado recorte de los derechos y la seguridad social, que habían sido conquistados en largos años de lucha.

Las formas de efectuarse los reclamos y los conflictos sociales, asumieron un importante carácter "territorializado" preponderantemente porque resultaba el ámbito donde aun se podían encontrar espacios de negociación, conflicto y socialización francamente debilitados, en lo concerniente a lo sindical.

Ya desde 1996-97, en Cutral-Co y Plaza Huincul³, las carreteras, se habían comenzado a convertir en ámbito legítimo de denuncia, lucha y resistencia. Esas formas, adoptadas luego por buena parte de los movimientos de desocupados, incluyendo tanto los recientes (de los '90) como los ya francamente estructurales (los de los '70), se extendieron, abarcando el ámbito urbano.

Las consignas más características de los movimientos actuantes hacia el 2001, eran las de "autonomía" y "horizontalidad", enarboladas por la mayor parte de las "nuevas" expresiones del movimiento social pero también de algunas de las que ya existían. Se intentaba hacer frente con ellas, a las más que habituales prácticas clientelísticas y punteriles de la política hegemónica.

Fue una expresión de la generalización del rechazo profundo por lo así denominado como "lo político", en beneficio de mistificar como un absoluto el valor de lo "social"⁴.

Decimos mistificar, porque todos los considerados como "buenos" valores se fueron atribuyendo

³ lugares de explotación petrolífera

⁴ En realidad, esta aparente dicotomía está sostenida en la propia ideología del poder dominante que tiende a "legitimar" lo "social" (aunque tampoco siempre) y deslegitima lo "político", en tanto y cuanto se trate de luchas contrahegemónicas, a las que le reserva la calificación de "manipulación de dirigentes". En esta misma línea ver: Mazzeo, Miguel. *Piqueteros. Notas para una tipología*, Ediciones Fisyp, Buenos Aires 2004.

al "movimiento social", y la absolutización de esta concepción, privaba al análisis, de reflexión crítica y de perspectiva de construcción realmente alternativa en la conjunción ineludible de lo social y lo político, sin la cual no existe posibilidad de futuro ni teórica ni políticamente, ya que desde lo propiamente conceptual esa dicotomía⁵ resulta totalmente inadecuada

Aunque a lo "político" en líneas generales, se lo relaciona fundamentalmente con la esfera del poder estatal y a lo llamado "social", con reivindicaciones más específicas, en rigor, lo político sólo se organiza desde lo social en el sentido de pertenencia de los sujetos al campo de las relaciones sociales y lo social, en cuanto a sociedad deviene en político por la índole de horizonte de poder que se va formulando. Si todo el movimiento llamado social permanece exclusivamente en esas reivindicaciones y no se organiza y proyecta hacia el poder político, hacia su construcción alternativa, los alcances de su lucha quedan limitados⁶, por fuera del poder político.

Es así que, aunque partiendo de una premisa crítica absolutamente justa y justificada, aquellos principios de "autonomía" y "horizontalidad", sostenidos a ultranza llevaron muchas veces a traducirse en apartamiento del conjunto social, de la construcción común de alternativas y de la idea de "lucha por el poder político", restringiendo el espectro de posible expansión y de articulación de lo económico-social-reivindicativo con lo político o la lucha política conciente, sin perjuicio de que no obstante, con el desarrollo de esas "nuevas expresiones del movimiento social", se hubiera avanzado en términos de formación de conciencia colectiva⁷.

Los "piqueteros"⁸ constituyeron, especialmente hasta 2003, la parte más activa y de mayor visibilidad de expresión de la lucha en las calles. Esa experiencia contribuyó a crear conciencia, en algunos sectores, de que ser desocupado no hace perder la calidad de ser trabajador, con todo lo que ello implica.

Los sucesivos gobiernos apelaron a subsidios asistenciales, implementados desde el poder con carácter clientelístico para cubrir la sobrevivencia elemental y para frenar el desarrollo de las luchas⁹,

Varios movimientos de desocupados consiguieron en un momento cambiar el contenido desde lo simbólico-social, neutralizando el componente "clientelista" y con ello el "punteril", y el de asistencialismo tradicional, impulsando la generación de mecanismos de solidaridad y producción, bien sea de valores de uso para los propios grupos de desempleados como también de emprendimientos de mayor aliento.

De esa forma, estos últimos movimientos a que nos referimos, evolucionaron desde el mero reclamo de subsidios a la promoción de iniciativas de desarrollo de "trabajo digno" y/o "genuino"¹⁰, frecuentemente de tipo cooperativo, de criterio solidario, desarrollando una

⁵ Marx señala en la Miseria de la Filosofía, que no existe lo social sin lo político, así como tampoco lo político sin lo social.

⁶ Como ya señalamos ocurrió en 2001.

⁷ Cfrme. Rajland, Beatriz, *ob. Citada*.

⁸ Construcción social compleja en su composición, aunque de fuerte índole territorial.

⁹ - Los subsidios asistenciales, cualquiera sea su denominación, se llamen Planes Trabajar o Jefes y Jefas de Hogar, fueron implementados con carácter político-clientelista desde el poder, (tener en cuenta que se llegaron a distribuir casi 2 millones de planes Jefes y Jefas de Hogar. Sin duda, la mayor inversión de este tipo de planes sociales en América Latina). Se programaron por los sucesivos gobiernos constitucionales para evitar que se desencadenaran conflictos sociales difíciles de encauzar por los sectores dominantes, en especial después de las jornadas de lucha del 19 y 20 de diciembre de 2001 y de la escasa legitimidad del presidente Duhalde y luego de los bajos guarismos electorales con los que asumiera el presidente Kirchner.

¹⁰ - Se le da a estas calificaciones de trabajo "digno" y "genuino", interpretaciones o atribuciones diversas e incluso contradictorias. No es intención de este trabajo adentrarse en el

autonomía organizativa positiva respecto al Estado y la denominación de "piqueteros" se fue convirtiendo en meramente simbólica.

Hoy, y en mérito a lo descripto, el movimiento piquetero evidencia una seria desarticulación. Las causas son complejas, variadas.

La fragmentación, la manipulación desde la clase dominante (clientelismo, cooptación, planes de subsistencia que comprenden micro-emprendimientos), la dispersión de objetivos y la "onda" de crecimiento económico de los últimos años,- desde 2002 y en consonancia con el contexto mundial-, que no se traduce en redistribución del producto social, ya que se continúa con el modelo neoliberal, pero impacta en los guarismos de la desocupación, haciéndolos disminuir, todo en conjunto, ha provocado la desarticulación del movimiento piquetero, en un escenario de la más escandalosa desigualdad.

Hoy el decil más rico tiene una relación de 33 a 1 respecto del decil más pobre. Es cierto, como dijimos, que el nivel de crecimiento de la economía ha llegado a importantes guarismos. Sin embargo, no hay una política económica que la oriente a la redistribución, en cambio de destinarla al pago de deuda externa y a la acumulación de ganancias por unos pocos.

Las dificultades del proceso de desarrollo del movimiento piquetero hasta la actualidad, se expresan en forma dialéctica: por un lado la declarada "despolitización" de la militancia en aras de lo reivindicativo-social, ligada a las políticas focalizadoras del estado. Y por el otro y paradójicamente, esa "despolitización", generó otro tipo de politización que cuestionó el clientelismo y se propuso un nuevo tipo de organización, más horizontal, otro estilo, y otra lógica de construcción política, aunque no se la quisiera percibir como política.

Ese quehacer, se propuso democratizar los movimientos, -aunque frecuentemente se reprodujeron el mismo estilo y prácticas que fueran objeto de crítica-. Pero al mismo tiempo, ese rechazo "in limine", a "todo lo político", los fue escindiendo justamente de los objetivos más abarcativos (que no pueden ser más que objetivos políticos) que dirijieran la lucha hacia el cambio sistémico, hacia el poder, de manera que como resultado, se territorializó la lucha, pero al mismo tiempo también se territorializaron los objetivos, se "focalizaron" hacia miras más reducidas¹¹.

Se focalizó desde "abajo", pero fue indirectamente funcional a la focalización desde "arriba". Se colectivizó pero se individualizó. Lo particular del barrio, de grupos de vecinos con problemas cotidianos similares, ocupó el lugar principal del encuentro, hubo intentos de unirse con los otros en la misma situación de otros barrios, otros grupos de vecinos, otro "territorio", pero no se logró expandir hacia una lucha mancomunada sino que primó la fragmentación de movimientos, de objetivos, de estrategias.

El poder apareció, no como el objetivo político para el conjunto de las clases subalternas, para el conjunto del pueblo, sino para una parcela territorial a la cual se está adscripto.

Aquí, la parcelación hace perder la perspectiva de totalidad. La fragmentación no es sólo del movimiento sino de la visión de una estrategia, que en última instancia favorece al poder hegemónico.

¿LA IDENTIDAD DE "PIQUETERO" REEMPLAZA A LA DE DESOCUPADO?

tema, -aunque tenemos posición al respecto- que lo desnaturalizaría. Es por eso que estamos utilizando la barra / entre ambas.

¹¹ - en alguna nota periodística Naomi Klein, destacó su fascinación por el "encanto de lo pequeño", en referencia a las luchas sociales.

¿Es válido formularse este interrogante? ¿Hay una identidad “piquetera” o hay variadas identidades piqueteras? No me refiero siquiera, a si está construida una identidad “piquetera”, sino a la mera posibilidad de construirla. O a los intentos por afirmarla.

Es totalmente diferente a lo que sucede con la identidad de trabajador, ocupado o desocupado, la que independientemente de que es necesario que se construya – en el sentido de clase para sí-, elevando su grado de conciencia, lo cierto es que intrínsecamente alberga la posibilidad de construirla y con ello de transformarse en fuerza activa, -claro que no mágicamente-.

Una presunta identidad “piquetera”, pareciera estar, por un lado, vinculada fuertemente a clientelismo e ideología correspondiente emanados desde “arriba” o por otro lado a un auto-sobredimensionamiento del papel en las relaciones sociales. El piquetero, es fundamentalmente trabajador (aunque desocupado) y su identidad está vinculada a ello, resultando sumamente importante que así se considere.

Es que, lo que falta no es trabajo sino empleo, es decir, aquello que implica la relación social generada por el capital, y esto alude a otras categorías económicas que tienen que ver con un proyecto de país para las mayorías y no para la elites económicas. En definitiva, un proyecto que apunte hacia el poder en totalidad y no fragmentado. Un país, para el trabajo (en sentido genérico de clase) y no para el capital.

La masividad de los planes de “ayuda”, por un lado han ayudado a paliar la situación de subsistencia, pero por otro han contenido el conflicto social de fondo.

Es verdad que esto ha hecho crecer –en su momento- las fuerzas piqueteras, pero también ha resultado evidente que recompuso respecto a muchas de las organizaciones, sus lazos con el Partido Justicialista, por lo menos en su versión ora duhaldista, ora kirchnerista. O sea, no avanzó más allá de ciertos límites intrasistémicos.

En definitiva, la presunta “identidad” del “piquetero”, -que en realidad es sólo caracterización-, pareciera tener más que ver con la adhesión a un núcleo social que lo contiene y estimula a cierta acción que con la relación social significativa en la estructura socio-económica (que es el caso del trabajador –ocupado o desocupado-). Una de las causas por la que ello es así, es porque el movimiento “piquetero”, no está formado sólo por los trabajadores desocupados como consecuencia de las políticas neoliberales de los ‘90, sino también por los desocupados que hemos denominado “estructurales” (los de los ‘70).

Un claro ejemplo de lo que decimos es que comúnmente, cuando se logra conseguir trabajo, se abandona el movimiento piquetero.

Una particularidad que quizás ha sido uno de los logros más importantes de estos años y aun – de algún modo - continua siéndolo, es la de ocupación del espacio público. Podríamos decir, que resignificaron la plaza y la vía pública, calles o rutas. Pero, la pregunta pertinente es: ¿cuánto puede prolongarse una lucha como esa, sin plasmarse políticamente (no lo estamos considerando en términos estrictamente partidarios)?

Del análisis particular que formulamos de una situación específica, ha surgido lo que constituye nuestra preocupación central, referida al tema de la relación entre el movimiento social y el político. Sobre todo, si esa relación – como hemos ejemplificado con la situación argentina- está desarticulada, traduciéndose en el rechazo de lo político desde el movimiento social, que lleva a dejar de lado la cuestión fundamental del poder político.

La conclusión expresada, de ninguna manera atañe solamente al ejemplo desarrollado. No es una particularidad del movimiento “piquetero”, o territorial. ni tampoco solamente de la Argentina.

Esa concepción desarticulada de lo social y lo político se encuentra en el accionar de la mayor parte de los movimientos sociales, pero también tiene su correlato en organizaciones políticas que lejos de articular, resultan en su accionar invasivas o cooptadoras de los movimientos.

Se registra entonces, la negación por parte del movimiento social de que su accionar sea también político o deba plantearse, son aquellos que se quedan en la resolución de la reivindicación concreta sectorial, sin asociarla a las verdaderas causas estructurales o sistémicas. Pero también aquellos que a pesar de conectar la parcialidad con la totalidad social, es decir, de ser conscientes de la necesidad de establecer esa conexión (o sea de “hacer” política) la rehusan porque fundamentalmente la asocian con las prácticas habituales, tradicionales de los partidos hegemónicos (o no hegemónicos, pero que repiten esas prácticas), fuertemente rechazadas en los últimos años y a la luz de la experiencia concreta.

Esas ideas no son nuevas, son parte de una concepción basista que alimenta la dicotomía y de alguna manera, recluye al movimiento popular en el margen de lo social, obstaculizando la trascendencia de su resistencia y lucha hacia el campo de lo político. Falta, por tanto, la articulación política de las luchas sociales, que se traduzcan en propuestas o alternativas de carácter “universal”, dirigidas hacia transformaciones políticas.

Es evidente que la lucha de clases tiene en esta primera década del siglo XXI, características diferenciadas, ampliadas en su composición, extendidas respecto a las del siglo XIX, y que se fueron conformando a lo largo del siglo XX. En la lucha de clases, se fueron atravesando en su extensión real, problemáticas ya existentes, pero que no habían sido culturalmente incorporadas como parte del mismo análisis de la dominación del capital, tales como las de género, etnias, ecológicas, de derechos humanos.

La globalización capitalista las dejó al desnudo en su imbricación. Pero esto no se tradujo o no se traduce siempre en comprensión de la articulación.

Y no sólo de articulación intrapaís, sino en cuanto a las luchas internacionales¹².

El imperialismo internacionaliza el militarismo, el saqueo. Las luchas populares aunque aparezcan como locales, tienen que adquirir una dimensión internacionalista para tener envergadura¹³.

En conclusión:

“Consideramos que la articulación de lo social y lo político, ya no meramente de los movimientos sociales y políticos como entidades diferenciadas sino de lo social en lo político y de lo político en lo social, es la piedra angular de la construcción de sujetos sociales capaces de producir los cambios reales dirigidos a la ruptura sistémica.”¹⁴

En estos últimos años el análisis de los movimientos sociales y también del cambio social emancipatorio, ha estado dominado por el “movimientismo”¹⁵, en sentido de autonomismo, cuya síntesis refiere a que la lucha por la liberación se base en movimientos autónomos, cada uno luchando en su propio terreno específico, y con sus formas específicas y en todo caso

¹² Hemos asistido a los niveles de debate al interior del Foro Social Mundial al que no se quería invitar a participar a las expresiones políticas.

¹³ Un ejemplo es la oposición al ALCA, pero proponiendo al mismo tiempo la constitución del ALBA.

¹⁴ Rajland, Beatriz, “Articular lo social y lo político resulta hoy imprescindible” en *¿Hacia dónde va el sistema mundial?*. Comp. Por Julio C. Gambina y Jaime Estay. Edic. FISYP Buenos Aires, 2006.

¹⁵ Seans Adam y Moers Colin, *Política de la hegemonía: democracia, clase y movimientos sociales*. Revista Cuadernos marxistas. Buenos Aires, 1996.

confluyendo pero sin articulación orgánica sino libre.

Entendemos que esa concepción implica una pérdida de universalidad en sentido de totalidad, que compromete la fijación de estrategias totalizadoras necesarias para la emancipación.

No considerarlo así, conduce a una indeterminación que objetivamente debilita los lazos imprescindibles para la lucha por el cambio social. Para ello es necesaria la consolidación de prácticas políticas, que aun no se ha dado.

Está claro que hay que partir de una concepción inclusiva de la clase o lo que es lo mismo por considerar la teoría de clases en el contexto del capitalismo de época, - de esta época- y las diferentes formas que hoy asume la venta, y por tanto, la explotación de la fuerza de trabajo.

Hay que interpelarse permanentemente acerca de si hay conciencia real de la explotación que es insita al capitalismo. O dicho de otro modo, si padecer la explotación se traduce en conciencia de la misma. Creemos que esa conciencia no se ha hecho realidad en forma relevante.

Ante la ofensiva ideológica y mediática del capital, que naturaliza la explotación y con ello sus productos o lo que es lo mismo naturaliza la existencia misma de la relación social capitalista, la fetichiza e intenta hacerla aparecer como imposible de proponerse su ruptura, se hacen imprescindible los debates y acciones que conduzcan a su desenmascaramiento. Esta es la condición para las luchas emancipatorias, revolucionarias.

La pérdida de esencialidad, universalidad y criterio de totalidad, esteriliza muchos de los esfuerzos cotidianos en curso, cuya limitación es que justamente, no están dirigidos a transformar la sociedad como totalidad.

Falta reconocerse los unos a los otros, como movimiento social y político no antagónico e integrado, disruptivo (respecto al capital), pero no en aislamiento sino en articulación.

Buenos Aires, Argentina, 20 de marzo de 2008.

brajland@derecho.uba.ar